

## EN RECUERDO DE RENE ZA VALETA

El 23 de diciembre de 1984, la vida de René Zavaleta Mercado se venía abajo vencida por un cáncer cerebral. El haber nacido en Oruro, una de las ciudades más proletarizadas de Bolivia fue, quizá, el punto de partida para que el científico social vinculara siempre su práctica profesional con el ejercicio político: en 1960, es diputado nacional y, en 1964, durante el último gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario, ministro de Minas y Petróleo.

Tras la llegada de Bánzer al poder, Zavaleta se exilia en México (1973), donde despliega una intensa actividad periodística-académica: de 1974 a 1975 es profesor investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos de la FCPyS; de 1976 a 1980 dirige la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales; entre 1980 y 1984 imparte cátedra, a nivel postgrado, en la Facultad de Economía de la UNAM, así como en la Universidad Autónoma Metropolitana.

*Estado nacional o pueblo de pastores, El poder dual en América Latina, Las masas en noviembre, La formación de la conciencia nacional* son parte de los 30 títulos que conforman la obra de Zavaleta. Inserta en el marco de las luchas libertarias de este continente, su escritura, al recurrir reiteradamente a conceptos como nación, democracia y libertad, interpreta y esclarece el desarrollo ideológico de nuestros pueblos.

La calidad, la amplitud y profundidad de su pensamiento son atributos con que el sociólogo boliviano ha enriquecido las ciencias sociales latinoamericanas.

“ . . . Se apoderó de nosotros un sentimiento de caos y de mutilación, de despedazamiento”. René Zavaleta se expresaba así con motivo de la muerte de otro boliviano creador, Sergio Almaraz. Y es que la inconclusión, la noción de las cosas inacabadas parece ser una especie de maldición en una patria que siempre pierde a su mejor gente en lo mejor de su vida. Irónicamente, su enfermedad y muerte son contemporáneas de su decisión de “regresar”.

Mucho puede discutirse en torno a la faceta más sobresaliente de Zavaleta. Político, académico, polemista. . . Y sería una discusión inútil, porque es sólo en el conjunto de perspectivas que es posible entender su vida y su obra. Porque, además, es como él entendía al hombre y su necesidad de compromiso: “Naturalmente, soy un escoliasta comprometido, he sido en muchos aspectos una suerte de testigo implicado y, a lo último, un participante secundario”, señaló en la introducción a *Bolivia: crecimiento de la idea nacional*.

Su primera militancia, sin duda la más querida y más ardentemente vivida, fue la de la revolución de 1952. Muchos pensamos que su mejor obra fue el análisis de esa revolución, realizado en el texto anteriormente referido. Es legítima la tentación de reproducir su emoción al escribir sobre las jornadas revolucionarias de abril de 1952, sobre “aquel día de abril, día que fue de muerte cumplida y de sangre derramada pero también de un nacimiento histórico. Entonces el sueño nos devolvió a la historia porque, de una manera u otra, los hombres siguen la suerte del lugar en que viven y es inútil huir. No se podía esperar que sus seres se realizaran en una nación que se frustraba. Supimos que cada hombre es, en cierta medida, del tamaño de su país y que la nación es un elemento del yo, que el yo individual no se realiza sino a través del yo nacional”.

Había una continuidad en el pensamiento nacionalista y Zavaleta redondeaba una obra básicamente iniciada por

Carlos Montenegro *Nacionalismo y coloniaje*, enriquecida por la amenidad en las crónicas de Augusto Céspedes, *El dictador suicida* y *El presidente colgado*, y llevada a su culminación dramática por Sergio Almaraz Paz con *Réquiem para una república*. El fracaso de la “Revolución Nacional” arrastró a sus intelectuales que empezaron una imposible tarea de resurrección del nacionalismo impregnada de oportunismo. Zavaleta fue una excepción: reconoció el fin de un ciclo y pasó al lado de los que postulaban la nueva revolución. Allí, se convierte en una referencia permanente para cuadros y militantes e integra el núcleo del que surgiría el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Quedan otra vez unidos el intelectual, el militante y en 1971 —una vez más— el combatiente. En efecto, y aunque él mismo pensara que “el tiroteo, a decir verdad, no era cosa insólita para nosotros”, la exigencia a las fuerzas populares en el combate contra el levantamiento banzerista fue tan grande como la derrota. Y allí estuvo, en sus queridas calles de La Paz al mando de un grupo de universitarios en su intento de toma del Ministerio de Defensa. La Cordillera de los Andes fue su puerta de salida al exilio —uno más— y el comienzo de una etapa en la que se iría diluyendo lo organizativo, para dedicarse a la elaboración de un pensamiento expuesto en los mejores foros y discutido internacionalmente.

Cada vez que se habla de René, cuando se cuenta su historia, los episodios de su vida, da la impresión de que fue imposible todo aquello en el tiempo que vivió. Son, en efecto, muchas vidas y todas vividas en plenitud. Sin embargo, todo, absolutamente todo, aparece truncado de pronto. La misma sensación que produce el exilio: alejamiento, desvinculación, pérdidas. . . Su último exilio.

En el recuento de su obra habrá mucho por analizar y mucho por discutir. La extraordinaria potencia de una imaginación creativa será, sin duda, la impresión que quede

más grabada en aquellos que lo veíamos sostener apasionadamente sus puntos de vista. Su audacia y vigor en la confrontación animaba los foros. Antes de volver a Bolivia, presentó examen para obtener una cátedra. Jamás la ejercería. Quedaría como uno de sus proyectos, como una de aquellas muchas cosas que quedó sin hacer a pesar de haber hecho tanto.

Estudiar su obra, recuperar sus mejores aportes, analizar los aspectos que propuso o sugirió, es el mejor, quizá el único homenaje posible.

**Cayetano Llobet**